

PRÓLOGO

La despertó el silencio. Tanteó el suelo en busca de sus zapatillas, pero desistió. Descalza, abandonó su cuarto y atravesó el pasillo oscuro, apoyando las manos sobre las paredes de estuco blanco para evitar los muebles. Al fondo estaba la habitación del niño, la puerta entreabierta. Un pálido fulgor plateado se colaba a través del umbral.

Vio al bebé en el moisés, cubierto por la mantita de color rojo que le había tejido en las clases de costura de la iglesia. Estaba despierto, o casi. Movié los brazos. Sus diminutos dedos se retorcieron en el aire y agarraron sin fuerza el borde de la cuna. María exhaló poco a poco el aire que el miedo había secuestrado en sus pulmones, pero el presentimiento no la abandonó.

No le gustaba el color de aquella noche de azul índigo que penetraba a través de la ventana. Quiso encender la luz y su mano llegó a palpar el interruptor, pero no lo pulsó. Algo que vibraba había captado su atención, unos bultos grisáceos, del tamaño de un dedo meñique, diseminados por el suelo y en el alféizar.

Se acercó y se arrodilló sobre las baldosas frías. Eran polillas. Todas muertas excepto una, que todavía agitaba levemente las alas pardas y ejecutaba círculos erráticos. La tomó entre sus manos y, con delicadeza, la alzó en el aire. La ventana estaba

VÍCTOR SELLÉS

abierta y los postigos se agitaban con una brisa suave. El aliento de la luna formaba bancos de niebla que descendían por las montañas.

María sopló y devolvió la polilla a las sombras.

Contempló el bosque que se extendía más allá del muro del jardín y sintió cómo este le devolvía la mirada. «Los ojos del bosque están hechos de ojos de lobo y de ojos de cuervo». Eso decía su hermana, aunque María nunca había visto un lobo en el bosque y tampoco cuervos; a lo sumo algún grajo solitario.

Pensó en ella, en dónde estaría. Cuando Sergio murió, María se quedó sola. Encarni había acudido a Arbientes, pero no permaneció mucho tiempo. Asistió al funeral, vio al niño por primera vez, le contó los dedos de las manos y de los pies y enseguida volvió a marcharse, como era habitual en ella.

Debía de ser bien pasada la medianoche. Pero a lo lejos, de forma inexplicable, a María le pareció oír el jolgorio de una bandada de pájaros pequeños disputándose un pedazo de pan. No grajos, no. Pardales. Pájaros cantando a la hora en la que el alba todavía era una promesa lejana.

Cerró la ventana y se volvió, dispuesta a mirar a su hijo por última vez y regresar a la cama. Pero, tras un aleteo de sus párpados, Abel ya no estaba. María vio la cuna vacía, la mantita arrugada. O quizá solo fue un efecto óptico. Porque, tras otro parpadeo somnoliento, el niño seguía allí. Era como si estuviera y no estuviera a la vez, como ver dos cosas superpuestas, o como ver una cosa diferente con cada ojo.

El momento pasó. No tuvo tiempo ni de sentir miedo. Abel estaba allí, sin asomo de duda; yacía en su cuna, cubierto por la manta roja. Pero en aquella claridad de plata desbastada, parecía muerto. Tenía la piel blanquísima y translúcida y bajo ella casi se le adivinaban los huesos.

LENGUA DE PÁJAROS

«Muerte infantil súbita», pensó María. Le vino a la mente un artículo en una revista que había leído en la consulta del pediatra.

Parecía muerto, sí. Quizá lo estuvo durante unos segundos. Tal vez María lo vio mientras fallecía, mientras estaba y no estaba. Luego Abel abrió los ojos. Pupilas negras, dilatadas; dos trozos opacos de roca volcánica. El niño la observó y retrajo los labios para dejar a la vista sus dientes. Diminutos, blancos y perfectos, distribuidos en dos hileras.

María se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. Reculó, tropezó con el arcón donde guardaba los juguetes y cayó de espaldas. Se golpeó el hombro contra una estantería y las piezas de un puzle de madera con las letras del alfabeto se desparrraron por todas partes.

Dientes. Ayer no tenía dientes.